

Vicente Gerbasi



SERIA AGRICULTOR

PERO EL PRECIO DEL CAFE BAJO Y LA POESIA GANO UN POETA

40 años son muchos años de ajeteo —dijo ayer al cumplir su cuarta década
Por FRANCIA NATERA

Vicente Gerbasi no siempre fué poeta. Primero, en Canoabo, hucho de ser agricultor. Entonces, de las artes, la pintura le llamaba. De esta época quedó un recuerdo. Un Mariscal de Ayacucho — muy coloreado— que aún se conserva en la Jefatura Civil de Canoabo. Vicente pintaba paisajes —los mismos que después iba a describir en los treinta cantos de "Mi Padre, el Inmigrante".

"Y pasaron caminos, zamuros, caseríos, y viste un asno ciego atado a una ventana, y un niño sin parientes pasar por la llanura..."

Con el pintor La Madriz fundó una empresa de carteles de propaganda. En vez de "cocos, bananas, chirimoyas, sobre un mar tenebroso con medusas y anémonas" Vicente daba vida a cajas de cigarrillos con la correspondiente recomendación para que el público los fumara.



En el Colegio "Cavour", de Florencia. Vicente Gerbasi iba vestido con este lindo uniforme...



En un parque europeo, el poeta de "Mi Padre, el Inmigrante", juega con sus hijos Beatriz y Fernando.

Ahora, a los cuarenta años que ayer sus amigos festejaron con una piñata en forma de guitarra, el poeta se va definiendo a sí mismo.

—Yo soy un tipo temperamentamente nostálgico. Vivo en el pasado más que en el futuro, porque en mí se conservan permanentes la infancia y la adolescencia.

—Estos son los elementos de su poesía: vivencias, recuerdos, los paisajes de Canoabo y de Italia. El pueblo de su padre, en Salerno:

"En la aldea en la colina redonda bajo el aire del trigo". Durante cinco años Vicente Gerbasi fué al internado "Cavour", en Florencia, por donde solamente han pasado otros dos venezolanos: Saverio Barbarito y Hugo Mondolfi. Cuando regresó ya había muerto el padre inmigrante: "Padre mio, padre de mi huracán. Y de mi poesía".

La correspondía, como hijo primogénito de su familia, el mayorazgo de la hacienda paterna. A los quince años tomó las riendas de la finca seguro de que seguiría los pasos de su padre. Vicente Gerbasi tenía que ser agricultor, debía serlo. Pero con el año 28 y el desastre de la agricultura venezolana, vino el bajo precio del café y la venta —a cualquier precio— de las haciendas.

Entonces la familia Gerbasi —doña María, "Chepino" y las cinco hermanas— se trasladó a Valencia.

Venezuela había perdido un agricultor. La poesía ganó un poeta.

Porque el encuentro en Valencia con José Ramón Heredia, Luis Augusto Núñez, Herrera Vial, Carvallo Arvelo y Luis Ramón Cerro —La Madriz— el pintor del grupo —la idea de encargar definitivamente la sensibilidad del camuajante "El Tótem" y "El Tótem" si mismos— los reuniones de los netos.

Vicente alternaba las de las tererías con el trabajo en el campo de Venezuela. Aníbal Méndez, en las horas muertas, era aprovechado alumno de italiano.

Vicente Gerbasi, en la cuarentena, lo dice con orgullo: "Yo jamás escribí un soneto. ¡Qué horror!"

Otto De Sola, en Caracas, le presentó a Jacinto Fombona, a José Antonio Calcaño, Paz Castillo, Moledo y Barrios Cruz.

Con ellos leyó los poemas españoles contemporáneos. Nos emocionaban Vallejo, García Lorca, Juan Ramón Jiménez.

Después se mudó a la pensión de "Jobo Mocho", incubadora del Grupo "Viernes". Pascual Venegas Filardo estudió una hata de baño y ante las rechiflas de los compañeros buscó un viejo revólver para matar a Vicente y a Julián Padrón. Pero la reumática bala no salió.

El 36 le trae un viaje a México junto con Oscar Rojas Jiménez con motivo de presentar en la capital azteca la "Exposición del Libro Venezolano". Waldo Frank es el encargado de inaugurarla.

Al regreso, publica su primer libro: "Vigilia del Naufrago".

Por esta época se casa con Consuelo Barroeta. Y vienen ordenadamente Beatriz, Fernando y Gonzalo —el pñor, el poeta de la nueva familia. Vicente Gerbasi— además— sigue editando libros: "Bosque Doliente", "Creación y Símbolo", "Liras", Premio Municipal de Poesía 1943; "Poemas de la Noche y de la Tierra"; "Tres Nocturnos" y, al 45, su poema cumbre: "Mi Padre, el Inmigrante", que le sitúa entre los grandes poetas americanos.

Los años de diplomacia en París, en Ginebra, en La Habana, en Bogotá, le separan de la poesía.

—¿No es propicia la diplomacia a los escritores?

—Es una falsa creencia. La diplomacia estropea a los poetas. Vicente, "estropeado", calla la boca.

Hasta ayer, cuando en la antecámara de los cuarenta años, volvió a la poesía con "Los Espacios Cálidos".

—¿Qué podías desear, entre amigos, en el cumpleaños de la virilidad?

—Recordar lo que siempre he recordado. La salida de Canoabo para Italia, el mismo día en que concebí la carretera, el automóvil, el tren, el mar, los barcos y las ovejas.

—Extenuado de emociones, todavía le esperaban más sorpresas: —A los pocos días, en Barcelona de España, el avión. Luego, en Génova, un "zepelín".

—¿Y los proyectos para los próximos años?

—Seguir escribiendo poesía.

—¿Son muchos años cuarenta años, Vicente?

—Muchísimos, especialmente en este ajetreo venezolano. Pero tendrá que concluir un libro antes de cansarse definitivamente. Vicente Gerbasi —a los cuarenta años— escribe cinco cantos con la leyenda del Tirano Arvelo.